



Coronahilus

Trinidad Aguilar

Me paseaba febril y desnuda por los cuartos de la casa. Respiraba con esfuerzo y me movía torpemente buscando el aire, que entraba caliente y espeso por mi nariz tapada y llena de mocos, mientras un sol blanquísimo y sofocante parecía atravesar las paredes y tomar posesión de cada objeto de las habitaciones.

Era la segunda vez que tenía el virus. Su secura me corría por los huesos, me ardían los ojos, como si el agua caliente y salada de ese verano estuviera goteándose en ellos. No sabía si tenía fiebre, o si el sopor era tan intenso que la carne me estaba ardiendo por dentro.

Me vi las manos, y un temblor sin ritmo las había tomado. Eran como

peces titilando en un estanque espeso de líquido amarillo y opaco. La casa y el cuerpo parecían evaporarse, deshilarse en calor y soledad. No tenía ganas de hacer ni tocar nada, mucho menos de bordar.

Me acosté en el sofá, en el que caí como un mamut vencido, y observé las paredes de la casa: estaban llenas de retratos bordados, de galerías con bastidores en “punto de cruz”, de linos o algodones con puntadas japonesas o francesas. Hojas, cestos, manos, toda una fauna textil, floraciones y paisajes tejidos, ciudades en hilo o anatomías en tela.

Las paredes y las mesas, las camas y las puertas de esa pequeña casa, que ahora se ahogaba con el sol

de enero y el hedor del virus, estaban llenas de mis difuntos bordados. Se asomaban los exilios tejidos, las despedidas en renda, los llantos en tul, y los pedazos que saltan cuando la vida se rompe, y lo que resta es zurcir las astillas, regadas por todo el planeta interior. Recordé vagamente, y con la cabeza hecha un ovillo de lana enredada, que no bordo cuando quiero, sino cuando necesito coserme.

En la mesita de noche guardaba un retrato bordado de mi abuela. Lo hice con una foto suya, impresa en lino crudo, un día después de su muerte. Le bordé llorando unos puntos rosados, con un pájaro amarillo que le salía de la falda. En ese momento creía que, si bordaba ese pájaro, ella estaría más libre en sus vuelos con la muerte.

En la pared contigua al baño tenía un bastidor negro con el bordado de una muerte a la mejicana: en hilos fosforescentes, y adornada con la letra de “La llorona”. Recuerdo haberla hecho la primera vez que me separé, cuando me estaba deshilachando en llanto, y solo podía bordar esqueletos coloridos y floreados con zapatillas, o escuchar a Chavela Vargas.

Bordé un total de 33 calaveras. Cuando coloqué la última puntada, habían pasado seis meses y cuatro días, y yo había terminado de llorar y de bordar. Regalé las 32 primeras, y colgué la número 33 en este muro de la casa.

En la mesa de la sala tenía un cuadro bordado con un pequeño pue-

blo andino. Casas de techo rojo, nieve alumbrando las montañas azules, y personitas de la puna que pastoreaban alpacas, o que tendían al sol sus diminutas ropas. Lo bordé alguna vez, cuando perdí mi casa, y estuve vagando perdida por las carreteras de algún árbol sin raíz. Bordar era la única patria que tenía en esos tiempos, en los que había sido extranjera hasta en mi propia piel.

En el letargo de la fiebre, o por el delirio del virus, veía a las lavandas o aves de hilo, a los seres de los retratos y sus historias, levantándose y saliendo de sus pequeños recintos de algodón y bastidores, flotando entre el espesor del calor, yendo y viniendo de un lado a otro de la casa que hervía, jugando entre los muebles y tapetes. Mirándome.

Tambaleando, y con un sabor de aluminio en la boca, fui al baño. Con los ojos en letargo, medio borrosos e hinchados, vi que la calavera número 33 estaba pintándose la boca de rosa, y poniéndose una margarita naranja en la cabeza. Escuchaba su voz a lo lejos diciéndome algo que no entendía, mientras sacudía su mano huesuda para saludarme. Levanté mi mano e hice lo mismo, y cruzamos un par de palabras en las que me ofreció un mezcal y un tabaco con hierbas. Intentamos conversar, pero el cansancio me llevó de nuevo a recostarme.

En el pueblito andino atardecía. Escuchaba desde mi cuarto que la banda municipal de violines destemplados y viejos charangos tocaba al-

«Recordé vagamente, y con la cabeza hecha un ovillo de lana enredada, que no bordo cuando quiero, sino cuando necesito coserme»

gún acorde, y que un par de señoras animadas bailaban un guaino en la esquina de la plaza. La casa se había impregnado con la algarabía de los mercaderes que recogían sus tejidos y granos, y los empacaban en redondos costales de yute, mientras silbaban o se reían.

Mi abuela, bordada y colocada en la mesita de noche, me había comenzado a hablar en los sueños. Veía que se levantaba de la tumba, se sacudía las flores secas, abría la tapa del cajón desempolvándose y salía de la bóveda dando carcajadas. Se sentaba al pie de mi cama a colocarme paños mojados en la cabeza, y a sobarme los costados con aguardiente “para espantar el susto del virus”, me decía. Yo le veía su diente de oro brillar en la penumbra de mis sueños, y el pájaro amarillo, bordado en su delantal, a veces trinaba.

Al séptimo día del virus, una tembladera y un dolor insoportable en los dientes y en la mandíbula me hizo caer en cama. Me quedé tiesa y dura de cansancio, no podía ni parpadear. No me entraba el aire, por más que

inflara el pecho, por más que abriera los huecos de la nariz, no sentía ni un hilito de viento refrescándome. Comencé a ver negro, a respirar negro, a oler negro, y todo se oscureció en un instante inmenso, que duró no sé cuánto. Me puse a llorar.

Mi abuela bordada, que seguía sentada en la mesita de noche, me decía que a ella le había pasado lo mismo al segundo día de muerta, que me estuviera quietecita hasta que el pulmón se diera cuenta que le entraba aire, aunque no pareciera. Mientras tanto me abanicaba con una revista “Manos”, que tenía en el nochero.

Pasé las siguientes horas respirando negro, oyendo a mi abuela e intentando rezar a los santos. La calavera 33 me iba dictando desde la pared del baño para que me ayudaran: Benito Juárez, la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, el Subcomandante Marcos y hasta la Malinche, que no eran santos, pero que ella les tenía devoción.

A lo lejos escuché que los vecinos del pueblito andino vinieron a ver si necesitaba algo, y trajeron un fiambre

con tamales y agua de horchata para que me recuperara. Dijeron que sus abuelos se habían curado con licor de anís y raíz de jengibre, y me dejaron una botella de esa agua amarga, para que fuera tomando.

No bebí nada, porque la boca me sabía a cloro. Unas puntadas como agujas me pinchaban los pulmones, que parecían blandos y acuosos, como si algo estuviera licuándolos. Con el corazón empedrado y lleno de nudos ciegos me senté y, por fin, adormecí.

Soñé con los bordados. Todos los puntos y las agujas del taller me hablaban en un delirio de hilos y dedos, de tijeras, de cestos, de ovillos, de linos y algodones. Los rostros o retratos aparecían y cobraban vida y nombre, ojos y manos, bocas y pies. Las lanas se enroscaban en mi cuerpo desnudo tejiéndome y envolviéndome, remendando las autopistas por donde el aire no me pasaba, o cicatrizando con puntos de telar algunas heridas viejas, que a fuerza de persistencia no se habían querido ir.

Desperté lavada en un sudor dulzón y con la sensación de que todo el cuerpo estaba escurrido y sin huesos. Un sol pálido entraba por las rendijas de la ventana y me besaba las mejillas. Había dormido más de quince horas seguidas. La niebla negra de los pulmones cedió un poco, y me sentía pesada, pero respiraba.

Cuando intenté incorporarme, vi que, de mi cuerpo, resbalaron unos retazos de tela y unos hilos de colores. Un bastidor estaba engarzado en

mi pelo y en las manos tenía pedazos de lanas y ovillos enredados por todas partes.

De mi nariz salían unas hojas tejidas que olían a eucalipto fresco y azul, y sobre la piel de mi pecho estaba bordado un corazón en rojo cereza que latía bombeando hilos de sangre por las venas, en las que corría un riachuelo de alcanfor y menta, bordado en “paso atrás”. Había menguado el calor y una brisa amena entraba por la ventana, trayendo un poco de aire y haciendo flotar los bordados de mi cuerpo.

El retrato de mi abuela permanecía impávido sobre la mesa de noche. La calavera 33 y el pueblito andino estaban quietos en un silencio luminoso y sonriente. Sin levantarme de la cama, desengarcé el bastidor de mis cabellos, tomé algunos hilos, y, todavía temblando, volví a bordar.

Trinidad Aguilar

Vive en Brasil, en el campo, donde trabaja con Mujeres hace diez años en un atelier creativo de oficios antiguos y mágicos. Ha escrito los libros “Samai a arte das curandeiras”, “Hilo de piedra, poemario textil”, “Poemas de agua y leche” y “Fauna, relatos breves de criaturas raras”. Hace cursos de escritura creativa y poesía en la Escuela de Escritores de Madrid. Realizó sus estudios de doctorado en educación en la Universidade Federal da Bahia, Brasil.